



Tópicos sobre la literatura turca, Orhan Pamuk y su traducción

Rafael Carpintero Ortega

La concesión del Premio

Nobel a Orhan Pamuk ha supuesto una relativa publicidad a una literatura poco conocida más allá de sus fronteras: la turca. La literatura contemporánea turca comenzó en la llamada “época de las Reformas” (“Tanzimat dönemi”) a mediados del siglo XIX y, basándose en modelos europeos, especialmente franceses, buscó superar la literatura clásica otomana del *Diván*, tanto desde el punto de vista literario como lingüístico. Durante toda la época

contemporánea la búsqueda de un turco literario “puro” con una capacidad suficiente de expresión literaria ha sido una preocupación constante de los autores de este país, y de ahí las frecuentes críticas que se han hecho a todos aquellos que querían aportar cualquier novedad al respecto. Conviene recordar que el turco otomano era una lengua bastante artificial y con gran cantidad de préstamos arábigo-persas.

Los modelos importados de Europa no supusieron sólo la aparición de nuevos

géneros, la novela y el teatro entre los más importantes, sino también un cambio en la percepción de la literatura que, tras unos inicios románticos, pronto se orientó hacia el realismo en sus diversas formas. Los autores no hablaban ya de amores míticos ni de experiencias místicas sino que se volvían hacia su entorno más cercano. Este entorno fue en un principio Estambul, como capital y lugar de concentración de los intelectuales, pero pronto la mirada se dirigió hacia Anatolia, el hogar de los turcos. A este hecho no le fue ajeno el surgimiento de un nacionalismo que contrarrestaba la multiculturalidad tradicional del Imperio Otomano. Multiculturalidad, por cierto, no tan idílica como se nos presenta a veces puesto que su objetivo último era evitar la aparición de grupos que pudieran poner en peligro a la casta dominante otomana, como de hecho hicieron. El movimiento de los Jóvenes Turcos primero, y luego la proclamación de la República de Turquía, dieron un importante impulso a las tendencias realistas de los literatos. La creación de un nuevo Estado que pretendía desprenderse de la herencia del anterior implicaba la necesidad de crear todo un nuevo mundo de símbolos donde encajaran las revoluciones socioculturales que se estaban llevando a cabo.

Es cierto que la ideología kemalista condujo a un relativo olvido de la cultura del pasado, pero se debió a esa necesidad de formar un nuevo imaginario que permitiera explicar la

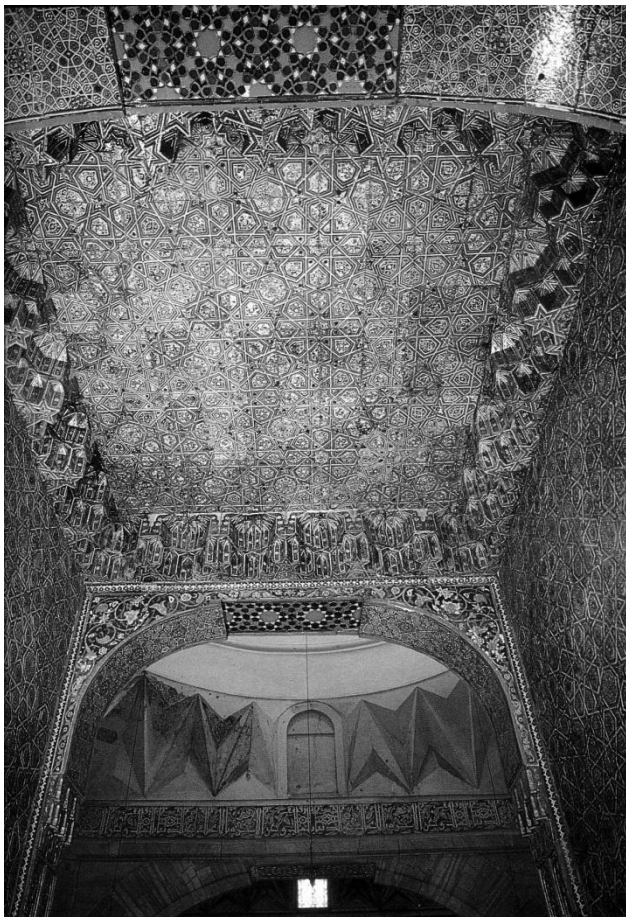
realidad en la que los turcos estaban adentrándose y tampoco fue tan absoluta como algunos pretenden sino un importante esfuerzo de modernización. Por ese motivo, si existe un contraste es más entre tradición y modernización que entre Oriente y Occidente. Quizás fuera más dañina para la herencia cultural otomana la insistencia del realismo en el presente, sin que eso implique una valoración negativa de una visión estética que ha dado grandes obras a la literatura turca.

Con todo, desde la República algunos autores han continuado asumiendo la cultura tradicional como algo propio y no sólo como excusa para producir novelas históricas. El ejemplo más conocido internacionalmente, pero no el único, es Orhan Pamuk. Parte de las críticas que se le hacen confirman que ha sabido hacer suyas varias tradiciones literarias: la del realismo de los siglos XIX y XX al saber observar con ojos nuevos lo que tiene más cercano, la herencia otomana (por lo que le acusan de “escribir para turistas”), y la literatura universal, sobre todo la más reciente. Es en este punto en el que me gustaría insistir. Decía Murat Belge en un simposio sobre Pamuk y su obra celebrado en la Universidad Sabanci¹ tras la concesión del Nobel que era absurdo diferenciar entre autores locales y autores universales porque no se puede ser lo segundo sin ser lo primero. De hecho, es curioso ver en internet cómo hay

personas, especialmente latinoamericanas, que consideran suya la Estambul de Pamuk porque la identifican con sus ciudades de origen.

Nadie es una isla y Pamuk proviene de una tradición literaria que ha dado frutos de nivel internacional y de valor universal pero que no es conocida más allá de su país. Como traductor del turco y miembro de la comunidad académica, esto es lo que más me preocupa porque se trata del resultado de un desinterés por la cultura turca provocado por una serie de ideas preconcebidas. La más grave de todas ellas es, sin duda, la identificación de lo musulmán con lo árabe y, por extensión, del mundo islámico con el mundo árabe. Pocas personas relativamente cultivadas, al menos en España, saben que ni los turcos ni los iraníes son árabes ni, por supuesto, que sus lenguas son totalmente ajenas al árabe² y que otro tanto ocurre con sus culturas y sociedades. Así pues, la idea de que los turcos hablan árabe o algo parecido desemboca en un desinterés absoluto por su lengua, que sólo llega a llamar la atención de aquellos que se dedican a la lingüística general, lo que implica a su vez una alarmante escasez de traductores. Para acabar de complicarlo, el turco es una lengua altaica

distinta de todas las que suelen conocerse y esa lejanía la hace bastante difícil a veces. Ignoro la situación en América Latina, pero en España actualmente no hay más allá de dos españoles nativos que traduzcan del turco para el mercado editorial. El segundo resultado de la inclusión de lo turco en lo islámico ha sido que la lengua y la cultura turcas se han integrado en los departamentos de árabe e Islam (probablemente nos resultaría absurda la existencia de un departamento de “latín y estudios cristianos”). Este hecho no carece de sentido pero la valoración tradicionalmente negativa que los arabistas han hecho de los turcos impide que se impulsen los estudios de turcología. Por otro lado, ¿hasta qué punto puede interesarle a un estudiante que se matricula para aprender árabe una lengua completamente ajena? Y la situación es muy parecida en otros países, como se demostró en un simposio organizado en la Universidad del Bósforo en junio de este año³. Conclusión: apenas hay traductores de turco y la mayoría son lo que podríamos llamar “vocacionales”, por lo que se traduce sin demasiado criterio. A este hecho habría que añadirle la falta de un canon literario claro en Turquía.



Fasto del palco imperial

Si esa es la situación de la lengua, otro tanto ocurre con la cultura. A los que residimos en Turquía nos resultan bastante curiosas las expectativas de los turistas, quizá porque olvidamos las que nosotros teníamos, y su posterior decepción. Uno viene a Estambul queriendo ver camellos y el país de Sherezade y se encuentra con calles como las que podrían verse en Madrid o Bogotá salvando ciertas diferencias más atribuibles a la desidia del ayuntamiento que al supuesto carácter oriental de la ciudad. Afortunadamente, los *tour* operadores sabrán darnos lo que buscamos. Pero, ¿qué ocurre con la literatura? Si leo una novela de un autor turco me

decepcionaría profundamente que no hubiera en ella sultanes y harenes. No obstante, también es cierto que los sultanes y los harenes son parte de la tradición cultural turca y sería un disparate negarlo. La injusticia de los que critican a autores como Pamuk por “escribir para turistas” es palmaria pero también contradictoria porque asimismo le acusan de usar la Historia como marco para narraciones que podrían haber ocurrido en cualquier otro momento y lugar. Conviene recordar la idea de Murat Belge de que para ser universal hay que ser local y eso aquí significa decepcionar inevitablemente a quienes esperen encontrarse con su idea previa de lo que debe ser o debería ser un país en el que la religión que profesa la inmensa mayoría de sus habitantes es el Islam.

La eterna idea de Turquía como un país entre Oriente y Occidente no deja de ser otro tópico, exceptuando los motivos puramente geográficos, y no está muy alejada de la afirmación de que el otomano era una mezcla de turco, árabe y persa. Pues, ¿qué son las culturas sino el resultado de los posos que han ido dejando diversas corrientes y tendencias? Decepcionarse porque sus autores son demasiado europeos es tan poco crítico como tacharles de orientalistas. Excepto los emigrantes o los hijos de matrimonios mixtos, nadie se halla entre dos culturas. Ésa es una de las razones por la que me parece tan poco acertado aplicar análisis postcoloniales a la

cultura de un país que nunca fue colonia y en el que se escribe en su propio idioma.

Una última cuestión sobre la literatura turca, Pamuk y sus traducciones. Cuentan la anécdota de que alguien le dijo a Orhan Pamuk que había comenzado su novela *Nieve* y no había podido acabarla, a lo que él contestó: “No es culpa mía”. Es posible que nos cueste entender a autores que nos pueden resultar lejanos, pero nadie nos obliga a que nos gusten; en el peor de los casos, nosotros nos lo perdemos. Pero, por favor, no disparemos sobre el autor ni el traductor porque no hemos encontrado lo que esperábamos.

Notas

¹ Aral, Fahri (ed.): *Orhan Pamuk Edebiyatı. Sabancı Üniversitesi Sempozyum Tutanakları*. Estambul, Agora Kitaplığı, 2007, p. 138. Murat Belge es catedrático en el Departamento de Literatura Comparada de la Universidad Bilgi y uno de los más importantes críticos literarios de Turquía.

² Aunque hay países como Indonesia o Pakistán que se escapan de esa uniformización, probablemente porque se les ve más orientales, sea lo que fuere eso, que musulmanes.

³ *First International Symposium of Translators and Publishers of Turkish Literature*, Boğaziçi Üniversitesi, 1-2 de junio de 2007.

***Rafael Carpintero Ortega.** Doctor en literatura, profesor de español en la Universidad de Estambul. Ha sido traductor de autores como Ferit Edgü, Orhan Pamuk, Toren Yücel y Yasar Kemal y ha publicado numerosos artículos sobre literatura y escritores turcos, así como sobre su oficio de traductor. **Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural*.**